

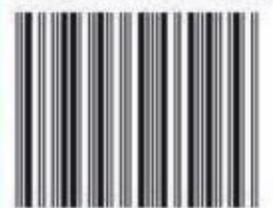
AL FINAL DEL DIA

Y OTROS CUENTOS DE CF MEXICANA

e-books AlfaEridiani N° 20



ISSN: 1695-1859



Varias Autoras

Al final del día y otros cuentos de CF mexicana
Varias Autoras

Ebooks Alfa Eridiani N° 20

Edita: Asociación Alfa Eridiani.

Comité de Redacción: J. J. Ramos, Graciela I Lorenzo, J.A. Menéndez, Francisco J. López y Enrique Alamillo.

Colaboradores: Íñigo Fernández, Sergio Bayona y J. Javier Arnau.

Ilustrador de portada: Pedro Belushi.

Conversión a epub y mobi: Luís Dawson.

Infografía portada: Sergio Bayona.

ÍNDICE:

PRÓLOGO.....	3
AL FINAL DEL DÍA por Esther Vázquez Ramos ..	4
ENTRE MARCIANOS Y CISTICERCOS por Araceli Ríos.....	8
ISSITA por Noemí Atamoros.....	15

Subido a la red el 8 de Febrero de 2016.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en los productos ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto de la obra que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.es>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@gmail.com

FACEBOOK: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.

PRÓLOGO

Estimados amigos,
Nos complacemos en presentar un ebook dedicado a tres autoras mexicanas que nos han cautivado
Tres relatos completamente diferentes, tres puntos de vista de la ciencia ficción, que tiene tantos caminos como ideas se le quieran aportar. Si en los dos primeros relatos, *Al final del día* (**Esther Vázquez Ramos**) y *Entre marcianos y cisticercos* (**Araceli Ríos**) nos proponen una visión más cercana, que puede ser reconocible por la inmediatez de la propuesta y del escenario elegido, en la tercera, *Issita* (**Noemí Atamoros**) ya se nos presenta una idea más asociada, de entrada, a la ciencia ficción que más fácilmente reconocemos. En los tres relatos se nos habla, como no puede sino suceder en la ciencia ficción, de tecnología. Pero también de sentimientos, aunque en alguno de ellos nos sea un poco más dificultoso el reconocerlos. Si bien, casualmente (o tal vez no), en el que comentamos que de entrada reconocemos inmediatamente la cifi, es también en el que más claramente surgen, en la historia relatada, los sentimientos. Pero también en los otros dos, aunque de forma diferente, nos hablan de sentimientos y, por descontado, tecnología.

Se nos presenta una tecnología tan novedosa como peligrosa que, puesta en manos equivocadas, puede desencadenar terribles peligros; se nos cuenta sobre una extraña misión de reconocimiento y recopilación de datos sobre nuestro planeta; nos hace partícipes de aventuras espaciales familiares, y del deseo de emularlas.

Ansias de poder, mesianismo, amor, populismo, síndrome de Estocolmo, invasiones extraterrestres, una tecnología demasiado avanzada y peligrosa en manos equivocadas, el ansia de aventuras y el orgullo por unos antepasados aventureros. Todo ello en estos tres relatos que presentamos en este libro de autoras mexicanas.

Esperamos que lo disfrutéis.

© J. Javier Armau

AL FINAL DEL DÍA

por Esther Vázquez Ramos

La gente está lista al igual que el orador. Todos se han reunido en la plaza para escucharle, tal y como parece ser que es la costumbre; sin embargo, las cosas tomarán un giro que harán que la presente reunión pase a la historia por ser una de las más peculiares.

Los banderines ondean. El viento transporta el uno, dos, tres probando que sale de los altavoces. La multitud permanece concentrada en el centro de la plaza. Los guardianes del orden, vestidos de traje gris con un listón rojo en la manga derecha, donde está impresa la palabra «ORDEN», conducen a la gente para formar una valla que llega justo a un costado del estrado.

En las cuatro esquinas están colocados autobuses foráneos, de ellos descienden hombres, mujeres y niños de aspecto humilde. Ellos portan pantalón vaquero o simplemente visten de manta, ellas aún con el delantal puesto. Cada uno al bajar recibe una bolsa de plástico y un refresco en envase desechable, engrapado un sobre que los hombres depositan en el bolsillo del pantalón y en el seno las mujeres. Otros más, sólo firman lista sobre lista.

Al quedar vacío un camión se retira y da paso al siguiente. Transcurre el tiempo, los chiquillos lloran de aburrimiento y sed o dormitan sobre el piso, igual que alguno que otro de los paisanos. Hace rato que esperan impacientes bajo los rayos del sol que les da de lleno sobre los rostros sudorosos.

Cesa la música del altoparlante. Un grupo de hombres casi uniformados con traje oscuro, forman valla sobre valla. Inesperadamente levantan la mano para hacer notar la presencia del hombre que avanza en medio de sus custodios. Destaca por su paso decidido. Su nueva imagen importada del extranjero le da seguridad.

Su ojo está educado para mirar sin ver. Sonríe a uno y otro lado de la valla, una niña le entrega un clavel, un viejo lo saluda con franca sonrisa, una anciana le bendice, un campesino estrecha su mano.

Anunciada su presencia, llega al estrado. Erecto, con la mirada al frente sonríe, sin sonreír, a uno y otro lado bajo el bigote espeso que le cubre parte de unos labios delgados de expresión enigmática. Tiene la seguridad de que su familia se encuentra resguardada entre la multitud. Las cámaras no pierden el tiempo y es un clic, clic tras otro. Radio y televisión transmiten de frontera a frontera. El mensaje llegará al extranjero vía satélite. Nunca en la historia la plaza ha estado más repleta, son miles de ciudadanos que aguardan su discurso. El sonido es perfecto. De los edificios circundantes penden mantas que caen como cenefas tricolores. El nombre del líder resplandece con un estilo agregado al centro. Hay mantas entre la multitud alusivas a su persona y su capacidad. Otras reproducen palabras textuales que él ha manifes-

Al final del día y otros cuentos de CF Mexicana.

tado en otras ocasiones. Algunas, las menos, hablan del campo y del trabajo. Sonríe satisfecho. Éste es su momento, éste su pueblo.

El hombre se coloca frente al atril. Listas las tarjetas del discurso. Aunque las letras son legibles el hombre pestañea en forma imperceptible por la emoción o por cierta inseguridad interior, pero la desecha de su mente rápidamente. Ha memorizado el contenido de su discurso, pero está consciente de que debe cuidar cada detalle, cada línea, cada frase para que no se le escape nada, ya que el contenido será reproducido por la prensa nacional y extranjera.

Cables y micrófonos están ocultos. Nada estorba. Su rostro permanece sereno, limpio, sólo una que otra pincelada de color en las mejillas, aplicadas en forma hábil, lo hace verse saludable.

El maestro de ceremonias lo anuncia.

Empieza su lectura. Él mismo está pendiente de su voz, a través del audífono que lleva oculto. Se escucha a sí mismo, casi no se reconoce. Su voz es perfecta. Varonil incluso. «Soberbio», se dice. Tenían razón cuando le recomendaron la adquisición de ese equipo de sonido. Valió la pena su costo, ya que era el descubrimiento más sofisticado de la tecnología extranjera y él fue el primero en adquirirlo, en probarlo. Si resulta como se lo prometieron será el amo del mundo.

Se da cuenta que al pasar la voz a través de los micrófonos ocultos, los sonidos graves y los agudos se mezclan y se modifican al llegar a los altavoces, transformando las palabras que se enfatizan de manera perfecta casi milagrosa.

Le habían informado de que la fabricación de estos altavoces era de una aleación de diversos metales y componentes químicos elaborados en microchips que tenían la virtud de transformar las ondas sonoras en sonidos limpios, armonioso, perfectos. Aunque también le habían llegado rumores a los que no dio importancia, de que su fabricación había sido prohibida en el país de origen, ya que científicos y ecologistas afirmaban que este tipo de aleaciones no eran convenientes porque podrían traer consecuencias adversas y que no era aventurado decir que «podrían lograr hasta la desintegración del átomo», ya que los sonidos una vez emitidos, por lo perfectos que eran, podían ser peligrosos. Incluso que adormecían los sentidos de los individuos. Levanta el rostro y comprueba que los hombres que tiene cerca están atentos a lo que dice, felices de escucharlo. Se anima y habla con mayor energía y seguridad imprimiendo vigor a sus palabras.

De pronto, percibe un ruido casi imperceptible que lo perturba. Se le hace tan familiar que lo remite a su niñez porque es el sonido característico que hacen las pompas de jabón cuando revientan. Su mirada se eleva al ver colores tornasol en el cielo. Recobra el sentido perdido por segundos ya que su mente está obligada a la disciplina, a la atención absoluta. Sabe que no debe evadir la mente por ningún motivo. Tiene que estar atento a cualquier eventualidad.

Su mirada se hace penetrante y con un gesto conocido por su equipo cercano, les recrimina el haber permitido la entrada a vendedores ambulantes. «Pompas de jabón,

¡vaya ocurrencia!», se dice.

La mirada recorre la plaza en círculo. Es consciente de su extraordinaria vista por lo que observa que hay pequeños claros entre la multitud que no había al principio, aunque no le concede importancia, debido a que la orden había sido que la plaza estuviera atascada a más de lo que daba, en fin, si hasta habían permitido entrar a los vendedores ambulantes.

Continúa el discurso, pero las explosiones también continúan al mismo tiempo, aunque más bien parecen eclosiones que se suceden una tras otra. Claro, para cualquier otro son imperceptibles, pero para su oído refinado no, por eso le empiezan a molestar.

Levanta el rostro una vez más y le extraña que los huecos entre la multitud sean mayores. Dirige una mirada fulminante a sus colaboradores, sin embargo, al ver en su gente cercana rostros llenos de satisfacción, se anima y sigue adelante.

Cuando las explosiones se hacen más frecuentes tiene que hacer una pausa, que le permite tomarse unos segundos de más para analizar lo que pasa. Nada. Todo estaba tranquilo aunque comprueba que el público se ha reducido un poco más, hecho que lo sorprende, pero al no percibir ningún otro movimiento o sonido que no sea el de las pompas de jabón, no concede realmente importancia. Adelante, se dice. Aún le falta la mitad del discurso.

Poco más adelante, se empieza a inquietar a pesar de la frescura de su apariencia. El maquillaje utilizado en el cráneo falto de cabello no permite ningún tipo de sudoración, pero él sabe que suda. Llegado el momento, comprende que las explosiones acompañan su discurso. Lo sobresaliente de sus orejas le ayuda a percibir el más leve sonido. Su madre le decía que él escuchaba hasta el aleteo de la mosca.

Siente la caída del tiempo, las frases se le empiezan a hacer una pesada carga; aunque reconoce que se oye sensacional. Su sentido común le advierte que debe apresurar el final, pero al mismo tiempo él se está gustando en aquel discurso que satisface su ego.

Una vez más levanta el rostro y descubre que los claros entre la multitud forman círculos, algo de por sí extraño cuando no hay ningún otro movimiento entre la multitud. Dirige una mirada feroz a sus hombres, esperando que reaccionen de inmediato, pero estos no dan señales de vida, están como hipnotizados. Continúa, no le queda más remedio que adelantar el final.

Orgulloso y con una sonrisa de oreja a oreja alza la vista a todo lo que da. Se queda sin habla al descubrir que la plaza está casi vacía. ¿Cómo ha sucedido eso? Si la orden de evacuación no se ha dado aún. Es una incógnita para él descubrir que ni su equipo, ni su propia familia se encuentran ahí.

No escucha ningún murmullo, ni pisada alguna, ningún ruido; sólo los tres individuos que permanecen de pie a su lado con los rostros sonrientes y la mirada perdida, sin embargo, al hombre se le hace un vacío en el estómago. No da crédito a lo que

Al final del día y otros cuentos de CF Mexicana.

ve frente a él, los tres individuos con cara de idiotas desapareciendo ante sus propios ojos y sólo escucha el mismo sonido imperceptible. Es como si se los tragara la tierra, sin dejar rastro alguno. Mudo por la sorpresa, recorre la plaza y comprueba que él es el único sobreviviente. El silencio es mortal. La luz del sol se esfuma y la tarde se torna gris.

© *Esther Vázquez Ramos*

Esther Vázquez-Ramos, defieña de nacimiento con raíces oaxaqueñas. Periodista egresada de la Escuela de Periodismo Carlos Septién García. Ha ejercido el periodismo desde 1979 en diversas revistas y periódicos, su crítica se ha publicado en diversos libros de arte, coautora de *El Grabado Mexicano en el Siglo XX*. Al mismo tiempo ha publicado cuentos en 28 antologías de la Asociación de escritores Tiran lo Blanc, uno de ellos traducido al Catalá en *Ideas Certeras* en 2012, editado en Barcelona entre otros. Asistente de Elena Poniatowska de 1992-1997.

ENTRE MARCIANOS Y CISTICERCOS

por Araceli Ríos

No siempre la ciencia tiene explicaciones para lo que nos sucede... o, bien, las explicaciones que nos brinda se niegan a aceptar lo que en realidad nos sucede, hasta que un día la evidencia es tal que no le queda más opción que aceptarla.

Además de los hilos negros que ve al lado de su ojo derecho, ¿qué otro síntoma tiene?
—A veces me duele la cabeza.
—¿Toda?
—No, más bien atrás de la oreja.

—¿Se marea?

—No.

—¿Usa lentes?

—Sólo para leer.

—¿En qué trabaja?

—Soy ingeniero en sistemas.

—Vamos a revisarlo.

—Sí doctor.

El examen consistió en pesarme, revisar con un abatelenguas mi garganta y con una lamparita mis oídos y los ojos.

—Vea hacia arriba a la derecha, ahora a la izquierda. ¿Fuma?, ¿bebe? Antecedentes familiares.

—Nada. Ni fumo, ni bebo, ni he tenido mayores complicaciones que la tos que me duró veinte días a raíz de la avería en el aire acondicionado de la oficina. Padres y abuelos sanos.

—Vamos a ver cómo anda su presión.

A punto de dejarme el brazo morado, liberó el baumanómetro y comentó:

—Tiene presión de quinceañera.

Seguramente eso es un piropo médico.

Para no dejarme sin diagnóstico me dijo que tal vez estaba sometido a un estrés muy fuerte; cuando expresé que tendría un mes de vacaciones y que andaba por la segunda semana, sólo arqueó las cejas y se acomodó los lentes.

Al final del día y otros cuentos de CF Mexicana.

—Le voy a dar un pase para el departamento de oftalmología y luego regresa con la secretaria a recoger indicaciones para dieta y ejercicios. Por el momento no voy a solicitar análisis, pero no vamos a descartarlos... lo veré en quince días.

Hubiera preferido estar enfermo. Me dolió pagar, sin embargo esa sensación desapareció cuando me encontré con mi hermano en el bar. Su gastritis había empeorado y le tenían prohibido ingerir alimentos condimentados.

—Imagínate *brother*, ¿a qué crees que me sepa la comida sin sal? Con todo y eso, el día de mi cumple voy a comprar carnitas.

—¡Qué bárbaro!, te va a hacer daño.

—Mira, hermano, más daño me hace sentirme enfermo, que mis hijos escondan la comida para que no se me antoje, que mi mujer haga como que me sirve de la cazuela común cuando antes la vi preparar mis alimentos aparte, no sabes lo que tienes estando sano, así que date por bien servido, a propósito, ¿qué estás tomando?

El buen humor de Pancho me hizo sentir diferente, cuando le dije que veía hilos negros, como formando una cortina, me dijo:

—¿Entonces para qué fuiste al doctor?, lo que necesitas es un psicólogo. Seguramente lo que tienes es el deseo de vivir con una mujer que se dedique a coser o a tejer, o a descifrar códigos de Windows.

—Ay, Pancho, el que necesita un psicólogo eres tú.

Al día siguiente las manchas que creía ver, desaparecieron. Aproveché mis días de descanso para hacer las compras y surtir mi despensa con las sugerencias de la nutrióloga y buscar una cuerda para saltarla durante diez minutos, de acuerdo a la prescripción.

De regreso a casa, me detuve en un puesto callejero de carnitas, no iba a esperar al cumple de Pancho.

¡Caray! Mi último día de vacaciones y coincide con la cita al médico. Bueno, mejor, debo decirle que los hilos se fueron pero ahora tengo un problema en el ojo izquierdo.

—¿Un marcianito?

—Sí doctor, me pasa enfrente del ojo, se va a dar una vuelta y regresa.

—¡Ah!... ¿y cada cuánto regresa?

—Pues verá, es un poco irregular, porque en general es cada diez o quince minutos, pero hay ocasiones en que tarda entre media y una hora... no sé si se esconde o qué pasa, a veces es muy claro y otras un tanto nebuloso.

—¿Qué indicaciones le dio el oftalmólogo?

—Usar los lentes frente a la computadora.

—¿Vive usted solo?

Al final del día y otros cuentos de CF Mexicana.

—Sí doctor.

—¿Algún pasatiempo?

—La música... y bueno, los videojuegos.

—Como le dije la vez pasada, no quiero descartar pequeños problemitas que luego traen consecuencias más serias, así que ahora sí me va a traer unos análisis. ¿Cuánto tiempo pasa ante la computadora?

—Entre diez y doce horas... no continuas, pero a veces me desvelo un poco.

—Mientras recibimos el resultado de los análisis le voy a mandar un relajante muscular. Supongo que la doctora le habrá dicho que la cena a más tardar a las ocho de la noche.

—Sí doctor.

—Y nada de suprimirla ¿eh?

—No doctor.

Estoy seguro que no me creyó lo del marcianito. Yo no tendría por qué mentir, es más, voy a llevar un registro de las veces que aparece.

—Pero, ¿cómo un marcianito, hermano?

—En serio, en el ojo izquierdo.

—¿Y cómo sabes que es marciano?

—Bueno, es un decir, porque no es propiamente una mancha, tiene forma de foquito.

—¿Y camina?

—No te burles

—No *brother*, pero dices que se mueve, ¿cómo lo hace?

—Pues no sé, sólo sé que se mueve,

—¿Cómo los patitos del *Tiro al Blanco* en la feria?

—Ándale, algo así.

—Ay, Hermano, me late que a ti no te caen las vacaciones, ¡qué bueno que ya te vas a trabajar!

¿Qué es esto? Ahora no sé si el marcianito se detuvo en mi ojo o está proyectado en el espejo. Tampoco sé si es uno el del espejo y otro el de la pared o sólo se refleja.

—¿Bueno?

—¿Por qué no contestabas, Hermano?

—¡Pancho!... perdón, estaba revisando unas cosas en la laptop.

Al final del día y otros cuentos de CF Mexicana.

—¡Vaya!, ni el fin de semana dejas la computadora... ¡ya párale!, ¿te sientes Bill Gates o qué?

—No, ¿qué pasó?

—Que no se te olvide que mañana es la comida por mi cumple.

—No, ¿cómo crees que se me va a olvidar?, ¿te llevo algo?

—Pues mi regalo ¿no?

—Hombre... me refiero a algo que te haga falta.

—No, *nomás* trae ganas de comer, dejas a la dieta en tu casa, por cierto ¿ya te dieron el resultado de los análisis?

—No, vamos, ya están, pero olvidé hablar el miércoles.

—No dejes eso, hermano.

—No, no, es que he estado ocupado.

—Pues habla hoy.

—Voy a hablar el lunes, a lo mejor tengo que ver al doc.

—¿Te sientes mal?

—Sí... no. Bueno, es para que me diga qué pasa con el resultado.

—¿Qué pasa con el resultado de qué?

—Pues de los análisis.

—Ah bueno, te espero mañana.

—Sale, *bye*.

—¡Oye!

—¿Eu?

—Mi regalo.

—Sí hombre, *bye*.

¿Qué pasó de qué? ¡Vaya lío!, ¿cómo decirle que los marcianitos se han multiplicado? Estoy seguro que las líneas negras que vi hace rato, algo tienen que ver con ellos, voy a checar. Al abrir la computadora empezaron a desaparecer del último escrito las líneas verticales de letras como la B, la D, la E, la F, la H... y se alinearon a los lados de la pantalla, como esos hilos que creía ver a un lado del ojo derecho. Asustado, di un paso atrás. De pronto apareció un código, me acerqué y vi que en el primer renglón una luz intermitente con forma de foquito avanzaba para facilitarme la interpretación del código:

No te asustes, coopera con nosotros, nuestra investigación durará tres meses y está cifrada en conocer la gama de materiales que componen el estado físico de los seres animados e inanimados de este planeta. Cada

Al final del día y otros cuentos de CF Mexicana.

sujeto investigador realizará su trabajo individualmente y regresará al Centro de Monitoreo en su forma más primitiva, que es una línea vertical negra. Agradecemos tu apoyo.

La luz desapareció y apareció en mí un incontrolable temblor en las piernas. Me senté y vi cómo las líneas iban dejando la pantalla y bajaban por el escritorio posándose en cada uno de los objetos que había en casa. El timbre del teléfono me hizo saltar.

—¿Bueno?

—¿Qué pasó, Hermano?... por tu voz, cualquiera diría que acabas de ver al diablo.

—¿Qué pasó?

—¿Podrías traer mañana una bolsa de hielos?

—Sí, claro... ¿algo más?

—Mi regalo.

—Sí hombre, bye.

—Bye.

Necesito serenarme, si esto que está pasando es real, no puedo hacer nada y si lo estoy imaginando, menudo trabajo va a tener el doctor. Creo que lo mejor es salir, iré por el regalo de Pancho.

—Papá... ya llegó mi tío.

—A ver, llévate los hielos a la cocina.

Los marcianitos se habían posado sobre todas las cosas: uno iba en la bolsa de hielos, otro en un hielo, otro en el agua que escurría de la bolsa y otro en la grapa que la cerraba.

Mi cuñada se acerca a saludarme y me sacude la camisa:

—Traías una hormiguita.

—Gracias.

Se limpia en su delantal y le quedan dos líneas negras cortas como embarradas, al poco rato lleva un marcianito en una de las correas.

De regreso a casa me encuentro con una colonia de marcianos, están en todos lados, pero eso me permite volver a notar al que da vueltas en mi ojo, ¡me dio tanto gusto verlo!, además había sido motivo de plática con la prima de mi cuñada.

¡Ay, ese Pancho!, ¿para qué tenía que contar que traía yo un marciano en el ojo?

—Pase, ingeniero, el doctor lo está esperando.

—¿Cómo van esos síntomas?

Al final del día y otros cuentos de CF Mexicana.

—Bien, doctor, ¿ya tiene el resultado de los análisis?

—Ya, y debo decirle que su marcianito del ojo ya tiene nombre. Se llama cisticerco.

—¿Cómo cree?

—Eso salió en los estudios... ¿ha comido carne de cerdo?

—Ayer.

—No, no. Antes.

—Pues hará como dos o tres semanas.

—Bueno, habrá que restringir algunos alimentos y tomará estas pastillas. Es una medicina atómica, lo que hace es encapsular al cisticerco e inmovilizarlo, no lo elimina, pero lo inutiliza totalmente.

—¿Está seguro que ya no saldrá ninguno de la cápsula?

—Sí, de cualquier forma vamos a asegurarnos, el medicamento es para ocho semanas, deja pasar unos diez días, se hace una tomografía y nos vemos aquí en tres meses.

—Tendré que avisarles a...

—¿A las enfermeras?, no es necesario, yo anoto todo en el expediente, la secretaria lo revisa y pasa los datos a la agenda, de hecho, es posible que ella le llame para recordarle alguna cita. ¿Dejó los teléfonos de casa y oficina?

—Sí, también el de mi hermano.

—Muy bien, claro que si tiene algún contratiempo, nos llama.

—Sí doctor, hasta luego.

Ah, qué doctor, y yo qué despistado, sugiriendo que quiero avisar a las enfermeras y yo a punto de preguntarle si debía avisar a los marcianos, está como el día que le dije al jefe que traía un marciano en el ojo, ¡qué cara puso! otro resbalón de esos y voy a dar derecho al hospital psiquiátrico.

Me percaté de que los marcianitos tenían cuatro fases: en la primera aparecían como una línea vertical continua en color negro, después tomaban forma de foquito con el contorno negro y el centro blanco poco iluminado, luego se transformaban en una pequeña nube con la base más ancha que la parte superior y finalmente se iban desvaneciendo volviendo a formar una línea negra vertical, pero discontinua, pues entre cada rayita el espacio iba siendo mayor conforme el marcianito se iba extinguiendo.

Y cada vez que uno se extinguía y yo me daba cuenta, me pesaba, no sabía si morían o simplemente regresaban a su planeta o como me habían informado: a su Centro de Monitoreo; sin embargo, mientras ellos desaparecían, yo me iba sintiendo mejor... si bien es cierto que volvía a mi soledad, por lo menos había estado acompa-

Al final del día y otros cuentos de CF Mexicana.

ñado un tiempo, además el que los coordinaba continuaba en mi computadora y cada vez que me acercaba, aparecía junto a su imagen la palabra «hola».

Suena el teléfono.

—¿Bueno?

—Ingeniero, el doctor quiere hablar con usted.

—¿Sí?

—¿Qué tal ingeniero? Mire, tengo aquí la tomografía y quiero comentarle algo, más bien adelantarle algo, ¿cómo le explicaré? Verá, en la imagen aparecen los cisticercos encapsulados, pero también se ven otras cápsulas que contienen rayas y una especie de nubes, en lo personal, me gustaría checar de qué se trata. Como la zona en donde se ubican está perfectamente localizada, quisiera hacer una pequeña incisión en el cerebro para...

La pantalla de mi computadora se enciende y aparecen unas letras grandes:

—DILE QUE NO.

—Doctor, perdón, no escuché lo último que dijo.

La computadora empieza a mandar una luz intermitente como señal de alerta y todos los marcianitos empiezan a llegar a ella. Conforme avanzan por el teclado, toman su forma inicial y desaparecen en la pantalla; la luz de alerta aparece otra vez y grandes letras me indican:

—ENEMIGO PELIGROSO

El doctor sigue hablando.

—...una investigación que nos permita determinar si hay seres de otro planeta, me entiende ¿verdad? Bueno, ya mi secretaria se pondrá de acuerdo con usted, o con su hermano, o con su jefe, porque usted les platicó que veía marcianos ¿o no?

Ahora en la pantalla se lee en grandes letras y con luz intermitente:

—CORRE, CORRE, CORRE

Suelto el teléfono, desconecto la laptop, la guardo en mi mochila y salgo corriendo.

© Araceli Ríos

Araceli Ríos, Ciudad de México, profesora jubilada, nos confiesa que le gusta escribir sobre las cosas que le pasan, sobre lo que pasa y sobre lo que no pasa. Tiene en su haber algunos cuentos cortos publicados.

ISSITA

por Noemí Atamoros

La reconocida escritora mexicana **Noemí Atamoros** nos comparte una historia que se enmarca en el universo del aventurero y piloto espacial Al Braker y en la que su nieta, Issita, decide embarcarse en una aventura que la llevará a conocer uno de los sentimientos más puros que el ser humano puede tener...

Para Blanca Mart

Issita, reputada científica y experta en idiomas espaciales, posee además de una rara belleza un linaje reconocido hasta en lo más recóndito del Universo. Nieta de la legendaria Whissita, profesora de Lucha Antigua y del aventurero piloto espacial Al Braker, deseaba visitar los Archivos Hurus y despejar muchas incógnitas de sus antepasados. Sus abuelos habían hecho historia allá en los comienzos del Ante Espacio y ahí estaban perfectamente documentadas sus aventuras por la infinitud de galaxias, oasis y agujeros negros del Universo.

Amaba esos relatos los cuales había oído contar durante toda la vida, y habían llenado de fantasía su niñez, en ese hogar tranquilo donde sus padres, ambos científicos, se habían dedicado a la investigación de la psiquis universal.

Su intención para viajar a Rest, enorme asteroide, oasis de las galaxias y asiento del Archivo Hurus, era consultar los escritos de la investigadora Blanca Mart quien supo dejar para la posteridad los mas interesantes anales de la historia terrestre con sus seres fabulosos y míticos además de los mutantes, andróginos, robots y toda la variedad de entes generada posteriormente, durante el gran auge de la cibernética espacial y las mezclas entre las múltiples razas planetarias.

De las historias familiares le interesaban especialmente dos, una titulada «La crisálida», cuando su abuelo fue convertido en piedra por vengativos seres del planeta rojo, y otra, «La libélula», venusina con cuyo piquete Whissita había durado en estado líquido por tiempo indefinido.

Su espíritu científico la llevaba a investigar los cambios físicos, psíquicos e intelectuales sufridos por sus abuelos al recuperar su forma natural. Era imposible, pensaba, que volvieran a ser los mismos después de esas experiencias.

Los trámites no le fueron engorrosos puesto que sus credenciales terrestres originales y las ganadas con sus propias investigaciones sobre los lenguajes espaciales le abrían todas las puertas, hasta las selladas con las siete cerraduras universales.

Preparó su equipo, el tiempo preciso para viajar por los agujeros de gusano estaba próximo y la época invernal terrestre era la mejor para cruzar los espacios siderales y los mares de fuego. Dentro de los horarios establecidos estuvo lista para abor-

Al final del día y otros cuentos de CF Mexicana.

dar la nave individual y recorrer, en pocos minutos, esos túneles del espacio-tiempo conquistados por el hombre a tan alto costo en vidas y dinero.

Sin embargo, el viaje no fue fácil, a los pocos segundos Issita sintió una fuerte sacudida por culpa de «los cúmulos». Éstos, arremolinados y desorientados por quién sabe cual de los fenómenos astrales imprevistos pero frecuentes, atacaron la nave. Issita rebotó de un lado para otro, varias veces y, finalmente, casi desfallecida por el miedo, contempló por la escotilla como los atacantes «titilaron como brillantes que se apagan y se deshicieron en luces y lágrimas transparentes en una mezcla de amaneceres perplejos. Luego se transformaron en pétalos rosados que morían.», según reporte posterior escrito por su propia mano y enviado al magno Consejo de Comunicaciones, donde se confirmaron los rumores, por décadas esparcidos, de su condición de poeta.

A causa de este inconveniente Issita llegó «más allá de Los Confines», y la nave tuvo que reprogramarse para poder continuar su viaje después de varios días perdidos. ¡Pero estoy viva y a punto de cumplir mi sueño!, se dijo.

Profundamente emocionada y con el traje protector adecuado, se encontró por fin en el contenedor al vacío cuántico, donde recreó las aventuras anheladas. Tuvo a su abuelo en sus manos, y con el tacto supo lo más recóndito de su ser interior. Le asustó un poco el ímpetu emanado de su centro pero, precisamente, esa fuerza, decisión y valor lo habían ayudado a salir incólume de tantas situaciones. Comprendió la dureza de todas las piedras y, al mismo tiempo, la sensibilidad latente en ellas. Percibió la velocidad de sus componentes atómicos y la variedad infinita de sus formas.

Cuando tocó el líquido en que se había convertido su abuela y éste resbalo entre sus dedos vio cómo la bañaban todas las aguas existentes, mares, ríos, lagunas, fuentes, manantiales y corrientes ocultas de las cavernas, transportándola con delicadeza por lugares hermosos, los más bellos de las galaxias. Así comprendió la sed nunca saciada de su abuela por la aventura, su enorme voluntad para arriesgarse e intentarlo todo.

El vacío cuántico en el cual se encontraba, esencia del tiempo y de todas las dimensiones existentes de la materia energía, donde convergen el pasado y el futuro, lo finito y lo infinito, el azar y la causalidad, la penetró y la rodeó como un torbellino. Entonces supo la síntesis del eterno presente cuya naturaleza es Amor.

© Noemí Atamoros

Noemí Atamoros, Ciudad de México, 83 años. Periodista por la Universidad Femenina de México. Ejerció como periodista cincuenta y dos años en el periódico Excelsior. Considerado como uno de los más importantes periódicos del mundo durante los años 50. Desde hace trece años coordina el Taller de Cuento de la Asociación de Escritores Tirant lo Blanc con sede en el Orfeo Catalán de México, fundada por la escritora Blanca Martínez. A la fecha llevamos veintiocho libros publicados.